LEOPOLDO ALAS

(Fragmentos de un estudio)

I

El literato

Desde los primeros tiempos de *Clarín* se advierte la complejidad intelectual de su espíritu. En los *Solos* se ve bien la obra entera futura de Leopoldo Alas, que es preciso considerar en todas sus partes para no formar una idea inexacta de ella. De este modo se apreciará el íntimo enlace de los escritos de Alas y se comprenderá el por qué de su indiscutible superioridad sobre la mayoría de los literatos españoles del siglo XIX.

Como muchos de ellos, tenía Alas condiciones naturales excelentes: ingenio, intuición poderosa, gracia y donaire castizos, fantasía y un exquisito buen gusto, afinado por lecturas variadas y selectas, al cual debió la agudeza y prontitud con que advertía los defectos de las obras literarias. Pero excedió á casi todos en originalidad de pensamiento, en franca y honda independencia, que ni era fingida y superficial, como la de algunos que se esfuerzan en ser extravagantes para que el

mundo se fije en ellos, ni obedecía á sentimientos orgullosos, que conducen á una libertad desarreglada, completamente caprichosa. *Clarín*, que era muy sugestionable en la vida social, en el terreno de las relaciones amistosas (por lo cual se llevó muchos chascos), lo era poquísimo en el de la ciencia y el arte. Nunca perdía su personalidad, y por esto veía más adentro que los otros. Las *sorpresas* de sus críticas, responden á esta preciosa cualidad, que fué, sin duda, la más característica de todas las de Alas, porque se advierte en todas las manifestaciones de su inteligencia.

Pero la originalidad se agota pronto si no se nutre constantemente de una cultura extensa, intensa y sin cesar renovada. *Clarín*, que se había criado en buenos pañales... literarios, gastando su primera juventud en lecturas de clásicos griegos, latinos y españoles, de filósofos y de preceptistas, asentando en firme la educación de su inteligencia, allegando los instrumentos para la futura obra creadora, tenía ya, cuando comenzó á escribir para el público, una inmensa ventaja sobre la mayoría de los literatos que, según es sabido, ó lo fían todo al talento natural, ó, como muchos artistas, reducen su cultura al conocimiento de los libros del oficio (novelas, poesías, críticas)... siempre que estén traducidos al castellano, ó todo lo más al francés. Esta sólida preparación de *Clarín* en materias no literarias y en las literarias de otros tiempos que el transcurso de los siglos ha sancionado como clásicas, explica lo granado y profundo de sus críticas, de sus novelas, de sus cuentos, de sus trabajos todos, que no eran puros juegos de palabras ó simples copias de la realidad superficial, sino que salían henchidos de ideas. Los triunfos de Leopoldo Alas, la excelencia de

sus obras, son una confirmación de que, aun para lo más imaginativo de las producciones intelectuales, hace falta saber otras muchas cosas, y de que lo *técnico* vive de lo *ideal* y es más fecundo y admirable cuanto más se apoya en él. En un país como el nuestro, en que la cultura general es tan escasa y la de los profesionales de todo género tan especialista y vulgar, por lo común, era seguro el triunfo de un hombre que llegaba al combate con un riquísimo caudal de saber y que, luchando y aun conseguida la victoria, seguía aprendiendo, aprendiendo sin cesar...

En la crítica (cuyos principales trabajos se hallan incluídos en *Solos de Clarín*, *La Literatura en 1881...*, *Sermón perdido*, *Mezclilla*, *Ensayos y revistas*, *Siglo pasado* y los *Folletos*) no se limitó á examinar las obras notables que aparecían en España, sino que popularizó entre nosotros muchos buenos libros extranjeros (en particular, portugueses y franceses) y discutió cuestiones de estética general ó aplicada, en una forma aparentemente ligera, pero que iba siempre á dar en lo vivo y hacía pensar. No obstante, el servicio más señalado que, á mi juicio, prestó *Clarín* en este orden, fué educar la observación de la juventud, haciéndola ver muchas cosas que antes pasaban inadvertidas en la literatura, aguzándole el entendimiento para notar las faltas y los errores (también las bellezas) y sacar á la vergüenza pública, aventándolas con enérgico soplo (á la manera que Feijóo persiguió en su *Teatro crítico* todas las ñoñeces y supersticiones de su tiempo), las vulgaridades no sospechadas, los prejuicios seculares, las ridiculeces múltiples sobre que descansaba, con grave daño, la educación de los literatos. Y al mismo tiempo que hacían este bien en su patria, los artículos de

Clarín eran una de las pocas y seguras fuentes en que los extranjeros hallaban el conocimiento de nuestra literatura actual y por las que se iban enterando de nuestros buenos autores. En este sentido, es incalculable el servicio que á España prestó Leopoldo Alas.

Los *Paliques* constituyen un género mixto. No todos son literarios. Muchos pueden clasificarse en el grupo del derecho ó de la filosofía. Otros tocan temas políticos y pedagógicos. Lo ligero y familiar de su estilo, su incoherencia buscada y el tono personal que más que ningún otro escrito de *Clarín* tienen, han motivado que no pocos lectores y críticos menosprecien ese género, inventado por Alas y que sólo él pudo hacer triunfar. Ese juicio, en los términos absolutos en que suele formularse, es injusto.

En primer término, hay que distinguir varias clases de *Paliques*. Los de polémica personalísima y muchos de los de pura y efímera actualidad (así como otros escritos en forma casi noticieril ó de gacetilla), pueden sin inconveniente y aun deben ser excluídos de una colección seleccionada. Pero éstos aparte, queda suficiente número de ellos que, no obstante su brevedad, tienen tanto ó más interés doctrinal que los *Solos*. Quienes hayan leído las *Conversaciones* de Goethe con Eckerman ó el *Diario* de los Goncourt, recordarán cuánto fruto sazonado, riquísimo, se mezcla en aquellas páginas á las mil pequeñeces, perecederas y fútiles, que el complejo suceder de la vida trae consigo, y á veces agiganta con enorme exceso. Pues sin que yo pretenda establecer comparaciones, que serían altamente indiscretas, bien puedo decir que los *Paliques* se parecen á los citados libros. Como ellos, contienen no pocas cosas de las

más íntimas, de las más profundas, de las más originales del autor. Son notas sueltas, apuntes, ocurrencias del momento, que nada dicen al lector distraído, pero que llevan en sí el jugo todo de un espíritu pensador, la condición sugestiva de lo que tiene *fuerza* intelectual...

Para la historia intelectual y moral de *Clarín* (sobre todo la de estos últimos años), son los *Paliques* fuente insustituíble. Está en ellos gran parte del alma del nuevo Leopoldo; el germen de muchos libros, los libros de la granazón de su espíritu... Y lo mismo cabe decir de las *Revistas mínimas*, especie de *Paliques* con que Alas colaboró por mucho tiempo en el diario *La Publicidad*, de Barcelona.

A la novela y el cuento llevó *Clarín* las mismas condiciones de fina observación, de penetración honda de la realidad y de sólida cultura literaria y filosófica, que brillan en sus críticas: á todas las cuales se añade, por razón del género, una ternura delicada, un sentimentalismo templado que tiene todas las excelencias del buen romanticismo (el de Balzac, verbigracia) y ninguna de las exageraciones de aquella literatura. Porque contra lo que el vulgo creía y muchos enemigos de Alas proclamaban, Leopoldo, lejos de ser duro de corazón, era altamente humanitario y caritativo, sentía como suyas, y muy en lo íntimo del alma, las tristezas ajenas, y simpatizaba viva, sinceramente, con los pobres, los desheredados, los enfermos. Díganlo los obreros de Asturias y los necesitados, á quienes socorría amorosamente...

Pero *Clarín*, que daba limosnas, no limitaba á esto su caridad, y antes bien se preocupaba, sobre todo, por los aspectos intelectuales de esta virtud, reaccionando contra el olvido en que los suelen

poner «el materialismo histórico» y otros sensualismos de nuestra época. Por eso combatió tan reciamente á muchos socialistas y clamó por la limosna espiritual, enalteciendo las necesidades ideales de los proletarios.

Toda esta delicadeza de alma resplandece vivamente en las novelas y cuentos y, combinada con la visión ideal de las cosas, convierte tales producciones literarias en lo que muchos llaman obras tendenciosas ó de tesis, aunque en realidad no son más que imágenes de la vida que, traspasando la pura apariencia superficial, penetran en el fondo ideal de los hechos. El gran mérito de *La Regenta*, de *Doña Berta*, de *Pipá* y otras novelas, deriva de aquí, y es lo que hace de mayor substancia y superior alcance que otros muchos (españoles y extranjeros) el *realismo* de Alas. La abundancia de temas *eruditos*, filosóficos ó simplemente psicológicos, en los cuentos (*Zurita*, *Superchería*, *Cuesta abajo*, *Un voto*, etc.), tiene el mismo origen.

Por todo ello, bien puede reputarse á *Clarín* como uno de los primeros cuentistas de su época (en algunos respectos, el primero). Como novelista, es opinión de muchos críticos que excede á casi todos los españoles, no faltando quien tenga *La Regenta* (expurgada de varios pasajes que la alargan excesivamente) por la mejor novela española contemporánea.

Para un observador reflexivo, las aficiones filosóficas de *Clarín* (reveladas de un modo especial en sus últimos años por algunos *Paliques* y por las conferencias de Madrid y de Oviedo), no son en manera alguna un *nuevo* aspecto intelectual de Alas, calificado incluso de degeneración por ciertos filósofos que contradicen á cada momento la

acepción etimológica de este dictado. No es *nuevo*, porque bien á las claras se advierte desde las primeras obras de Alas, desde los cuentos y los *Pensamientos* de los *Solos*. La única novedad que tienen las manifestaciones de la última época, es la acentuación del sentido espiritualista cristiano y una mayor amplitud en la tolerancia doctrinal. El programa de este sentido se halla, casi todo, en el artículo dedicado al discurso de don Víctor Ordóñez sobre *La unidad católica (La España Moderna,* 1889). No es este lugar á propósito para discutir, ni aun para especificar, las conclusiones de Alas, que el gran público conoce sólo á medias, y más en el aspecto religioso que en el puramente metafísico. Las conferencias dadas en la Universidad de Oviedo fueron, en este sentido, más interesantes que las del Ateneo de Madrid, á juzgar por los extractos de éstas que conocemos, y más interesantes todavía sus lecciones de cátedra...

No era orador, pero gustaba más que muchos grandes oradores. Su palabra correcta, animada, ingeniosa y decidora siempre, llegaba en ciertos momentos—caldeada por la convicción, henchida por la idea é iluminada por la poesía de aquel espíritu que sentía «el alma de las cosas»—á una elocuencia verdaderamente avasalladora, superior mil veces (porque era espontánea y sincera) á la estudiada de algunos discurseadores que, antes de soltar prenda, ven hasta dónde les conviene soltarla y aderezan el discurso con exaltaciones fingidas.

***

De intento he dejado para lo último el teatro de *Clarín*.

Para la inmensa mayoría del público, *Teresa* y *La millonaria* son, en la literatura de Alas, meros episodios, quizá tributos pagados al afán (por muchos conceptos explicable) que pocos años ha llevó al teatro á Galdós y á otros escritores señalados en géneros muy distintos del teatral.

Y sin embargo, *Clarín* fué, antes que nada, autor dramático. Los que tienen alguna experiencia de psicología infantil, bien porque se hayan dedicado á tareas educativas, bien porque sean naturalmente observadores de la infancia, saben cuán engañosas son las *vocaciones* de los niños, ó por mejor decir, con cuánta frecuencia el proceso de la vida, la presión del medio social, la intersección de ciertas influencias poderosas (el concurso, en suma, de todos los factores externos que nos determinan gran parte de la conducta), tuercen la primera inclinación de la inteligencia, marchitan en flor esperanzas que parecían próximas á fructificar y revelan aspectos no sospechados en el carácter de un individuo. En esto precisamente se funda una de las inquietudes mayores que el verdadero pedagogo siente á cada paso. Lo que el discípulo revela, ¿será realmente lo *suyo*, su nota personal, lo que ha de dejar huella honda en su obra y en su contacto con los hombres? Y muy á menudo el maestro se engaña, porque son fuegos fatuos los resplandores entrevistos, ó porque la verdadera corriente central, después de haberse manifestado cierto tiempo al exterior, se oculta de pronto, parece haberse extinguido, y deja en lugar suyo otras que son, ó falsas, ó meramente circunstanciales, mientras ella sigue discurriendo en las profundidades del espíritu para volver á la superficie algún día, más robusta y más dueña de sí misma. ¿Y cuando no vuelve, cuando las con-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

tingencias de la vida no *la dejan tiempo* para volver?

No es posible hoy afirmar que en Leopoldo Alas haya ocurrido un fenómeno de esta especie. Cabe creer que su fama y sus admirables cualidades de crítico, hagan olvidar ó desconocer, por mucho tiempo todavía, sus méritos como novelista y como filósofo. Pero de su *teatro*, ¿cómo aventurar nada? La muerte ha colocado puntos suspensivos sin fin tras el interrogante que algunos de sus íntimos habíamos puesto en este problema de la vida intelectual de Leopoldo. El vulgo, que da sentencia firme con gran facilidad y ligereza, la dió hace tiempo. Nosotros no: esperábamos.

Y esperando, recordábamos aquellos años de adolescencia en que Leopoldo era, ante todo y sobre todo, autor dramático, con una soltura, una fecundidad, un poder inventivo asombrosos. El teatro casero, en que todos pusimos algún día nuestras ilusiones, no fué para él un puro aprendizaje de declamación, un recreo imitativo del teatro grande; no se contentó con armar telones y aprender papeles... de otro. Creaba, creaba sin cesar, imponiendo *su repertorio* á los amiguitos, siendo, en una pieza, autor, director y cómico, seguro entonces de que aquella era su vocación, su obra de toda la vida.

No lo fué. Pero la vena dramática seguía existiendo, riquísima, en el espíritu de Leopoldo, aguardando el momento de su explotación. El no la ignoraba; al contrario, hacía por que no se perdiese, y en los momentos de íntimo coloquio consigo mismo, cuando buceaba en las profundidades de su conciencia y meditaba en los problemas propios, siempre tenía halagos para su afición de niño, dialogando con ella, gozándose en el recuerdo de lo que fué y en la esperanza de lo que podía ser, apaciguando sus impaciencias y prometiéndoles nuevas expansiones. Y cuando, en el seno de la verdadera amistad, Leopoldo pensaba en alta voz, se confesaba con aquella sincerísima introspección que hacía tan interesantes sus conversaciones, solía volver á su pasión de niño, relatando los juegos teatrales en que derramó toda la lozanía de su imaginación primeriza.

Nunca olvidaré una de esas conversaciones, que en mi memoria se junta á otro hecho gratísimo de mi vida. Fué el día antes del estreno de *Realidad*. *Clarín* y yo fuimos á ver á don Benito. Quería Leopoldo presentarme al insigne autor de *Nazarín*. Y mientras el tranvía de Hortaleza subía perezosamente la cuesta de Santa Bárbara, tuvo Alas una de aquellas confesiones y me habló de *su* teatro, del pasado, cuya luz brillaba perpetuamente en su espíritu. Y habló también de volver á él, de terminar su *evolución* literaria en el mismo punto de partida.

No tuvo tiempo. Pero los que sabiendo esto vuelvan ahora á leer las críticas teatrales de Leopoldo, las antiguas, las de los *Solos de Clarín*, hallarán sin duda el por qué de la honda penetración de aquellos artículos y del calor de vida que por ellos circula, animando la consabida *frialdad* del análisis.

***

De la fecunda y variada obra de *Clarín*, quedará casi todo. En buena parte de ella es, hoy por hoy, insustituíble. No se le ve sucesor; y por esto, tanto como por haberse agotado prematuramente aquella riquísima vena de idealidad, cabe decir

sin retórica que, esta vez, la muerte de *Clarín* es una verdadera pérdida para España, para esta España que va quedándose muy de prisa sin los únicos hombres que aun la hacen acreedora á figurar entre las naciones civilizadas.

II

El profesor

La acción social de los espíritus elevados puede ejercerse en dos formas principales: una, literaria, representativa por antonomasia de la difusión de ideas, que llega á un número ilimitado de individuos y da personalidad pública á quien la produce; otra, consistente ya en palabras, ya en actos, pero que no trasciende de un círculo reducido de discípulos y amigos, los que forman la sociedad íntima de todo hombre de cultura, y que por eso mismo pasa inadvertida para los de afuera y no influye en la representación que el gran público se hace de quienes, de alguna manera, solicitan su atención ideal. Frecuentemente, esa parte de la influencia que ejercen en su tiempo y en su grupo social las inteligencias distinguidas, queda ignorada. La inquieta y aguda curiosidad de nuestra época y el criterio psicológico con que suelen ya estudiarse y escribirse las biografías, ha salvado de ese desconocimiento algunas vidas memorables, mediante la publicación de diarios, memorias, recuerdos de amigos y discípulos y correspondencia privada. Pero esto no se ha hecho todavía más que con los hombres colocados por la opinión internacional en la cumbre del mundo intelectivo, ó con aquellos que cuidaron de historiarse á sí propios en esa esfera íntima de su vida. Así, conocemos bien á Goethe por sus *Memorias*, las *Conversaciones con Eckermann* y las cartas; á Renán por sus confesiones y recuerdos; á Spencer, por su recientísima *Autobiografía;* á Taine por su correspondencia privada, etc. Pero hay otros muchos hombres, de personalidad más modesta, aunque de acción profunda sobre sus contemporáneos, gran parte de cuya obra útil quedará por siempre desconocida, por no haberse cuidado ninguno de sus discípulos ó familiares de puntualizarla y documentarla, ni ellos mismos de resumirla sin hacer agravio á la modestia. El caso es muy frecuente en España, donde somos poco aficionados á las autobiografías (no obstante nuestra vanidad legendaria), y donde uno de los defectos de educación más padecidos es no contestar á las cartas que se reciben. Yo puedo afirmar que si se reuniese la correspondencia de algunos de los ingenios españoles más notables de nuestra época, se encontraría, como nota común, el vacío, no sólo respecto de aquella parte de la vida que en ese género de escritos tiene su reflejo natural, sino también en punto á la mayoría de los acontecimientos sociales contemporáneos, ninguno de los cuales, sin embargo (puede asegurarse), les fué indiferente, si es que no intervinieron en ellos de un modo más ó menos activo. Esa reserva, esa sustracción al comentario escrito, ese ocultamiento de la propia personalidad, yo no sé si procede de cierta nota seca y ultrarreservada que es fácil advertir en el espíritu nacional, ó de que el español es, ante todo, un conversador, es decir,

un hombre que tiene siempre fácil y suelta la lengua, á quien le gusta hablar, que á menudo no trabaja intelectualmente más que hablando, y que, por contraste, es perezoso para mover la pluma.

Leopoldo Alas no era así, enteramente. El día que se publique su correspondencia, aparecerán muchos datos nuevos y fundamentales relativos á la profunda influencia que su espíritu ejerció sobre muchas gentes, algunas de las que tal vez hoy lo zahieren y niegan. Pero esos datos, en general, se refieren tan sólo á tres órdenes de ideas: literarias (éstas en mayoría), políticas y filosóficas. Otro aspecto íntimo de Leopoldo Alas, tan importante como aquéllos, apenas si será ilustrado por su correspondencia; y sin embargo, es de los que á mi juicio caracterizan mejor su personalidad. Aludo al aspecto pedagógico; porque Leopoldo Alas, profesor universitario, fué un verdadero maestro, un educador de singulares dotes y de acción intensa sobre la juventud.

Realmente, quienes debían historiar esa parte de la vida de Alas son sus discípulos. Algo de esto hicieron, á raiz de su muerte, en un periódico estudiantil, *Revista Popular*, que por entonces se publicaba en Oviedo, y del que se han reproducido fragmentos en los *Anales* de la Universidad ovetense (1); pero mucho más podrían decir los que directamente sintieron la imborrable impresión de aquella cátedra. Condensando noticias propias y ajenas, Adolfo Buylla, en su discurso de apertura del curso de 1901 1902 (2), trazó brevemente el retrato pedagógico de Alas; pero los límites impuestos á un discurso de esta naturaleza no le

(1) Año I, 1902, págs. 368-9.
(2) Reimpreso, en parte, en el tomo citado de los *Anales*.

permitieron extenderse ni ahondar en lo que, por sí sólo, requeriría un libro.

La cátedra que por mayor número de años explicó Leopoldo Alas, fué la de Filosofía del Derecho, ó como todavía dice nuestra legislación universitaria, de *Derecho Natural*. Trabajar en una materia de esta índole, con muchachos de quince y diez y seis años, viciados por la educación memorista y servil que aun predomina en las escuelas primarias y en los Institutos, es tarea propia para desanimar á quien no sea educador *de raza* y para lanzar, á los no preparados, en el fácil camino del «libro de texto», de la lección aprendida *ad pedem litteræ* y del discurso dogmático. Con Leopoldo Alas no era de temer. Espontáneamente, desde un principio, siguió el procedimiento único para lograr un provecho firme. Ese procedimiento consistía en destruir toda la falsa obra amontonada en los espíritus jóvenes, hasta limpiarlos de la herrumbre contraída por culpas ajenas. Procedía con ellos como con los autores á quienes zarandeaba en sus críticas, empleando un rigor que, en el fondo, era amoroso y siempre podía ser saludable. Presentábales el retrato de su propia ignorancia, de su carencia de reflexión, de su falta de personalidad pensante, para provocar en ellos una reacción enérgica que los sacase del pantano; y para ello, no los conducía sólo por los caminos particulares de la filosofía jurídica, ni utilizaba únicamente los temas de este género, sino que les perseguía en todas las manifestaciones de su vulgaridad y de su incultura, desde la sintaxis de sus expresiones habladas, hasta el desconocimiento de nombres gloriosos y de libros inmortales que ningún intelectual debe ignorar, excitando así en ellos, con la vergüenza de no sa-

ber tales cosas, la noble aspiración de aprenderlas. ¡Cuántos días la hora de clase se pasaba en hablar del *Quijote*, de los dramas de Calderón, de los diálogos platónicos, de los poemas homéricos, de tantas otras cosas grandes, profundamente educativas, de la historia intelectual humana! Y así iba formando de nuevo aquellos espíritus, abriéndoles horizontes, excitándoles al ejercicio de la propia razón, *preparándolos* para entender lo que el programa oficial exige que se les embuta, mal ó bien, en un curso universitario.

No quiere esto decir que Alas descuidase su Filosofía del Derecho. Poco á poco, metía en ella, en su propio campo, á los alumnos; aprovechaba todos los incidentes, aun los que parecían más extraños, para encaminar hacia sus cuestiones fundamentales; y á menudo, cuando veía caldeados los espíritus, *en presión* para seguir la marcha del pensamiento profesoral, tomaba él la palabra, y por largo rato pensaba en voz alta, dejándose llevar de la improvisación de su espíritu, ahondando en las cosas sin la preocupación del programa ni de las proporciones, mostrando en vivo, con ejemplo altamente educador, el proceso de la especulación racional con sus vacilaciones, sus dudas, sus tanteos y el frescor de todo lo que es obra sincera, espontánea, íntima, de la inteligencia. No se cuidaba—y hacía bien—de que los alumnos recorriesen, de un modo *formal*, todo el ámbito de los problemas jurídicos; despreciaba ese empeño vulgar de los padres de familia que piden al profesor la explicación de «todo el programa», aunque sea superficialmente y reduciendo las cuestiones al tamaño de las cinco caperuzas que mostró á Sancho el sastre de la ínsula Barataria.

Ocioso es decir que, dado su sistema, Alas empleaba ordinariamente el diálogo como medio de comunicación con sus alumnos; y á fe que no se conoce otro medio más propio para penetrar en el espíritu ajeno, y para trabajar en disciplinas filosóficas. Hablando, hablando, Leopoldo educía de sus jóvenes oyentes todo lo que ellos podían dar de sí en el orden de la actividad intelectual; y en esto conseguía maravillas, porque su talento agudo, ingenioso, ocurrente, repentista y á la vez lleno de candor y de infantilismo, era sumamente apto para aquel género de sondeos y sugestiones. Por todo ello, su acción educativa en nuestra Universidad fué intensa y de efectos, no sólo individuales, sino también colectivos. En los alumnos dotados de altas condiciones intelectuales, imprimía huella profunda, que comenzaba con la revelación de la propia personalidad; en el montón, en la masa mediocre, pero útil, dejaba preparado el campo para la labor de los años futuros; y nosotros, sus compañeros de profesorado, distinguíamos á la legua los estudiantes que habían pasado por aquella cátedra, de los que no habían recibido su influjo, por la mayor aptitud de aquéllos para entender las cosas profundas, para bracear libremente, para formar un criterio propio.

Se comprende bien que, con esta gimnasia intelectual, discretamente dirigida, sus alumnos saliesen sabiendo, tal vez, menos «puntos del programa» que los de otras clases; pero salían, positivamente, educados, despierta en ellos la curiosidad de la ciencia y aptos para encaminarse en cualquier orden de investigación. Los catedráticos que recibíamos esa herencia la notábamos al punto; y más aún advertimos ahora su falta, desde que á las puertas de la Universidad no se halla aquel

maestro que quizá no supo nunca él mismo todo lo que de maestro tenía.

*
* *

No se limitó á su cátedra de Filosofía del Derecho la obra educativa de Leopoldo Alas. Tenía él la honda preocupación del problema pedagógico. El gran público pudo darse cuenta de ella en aquel *Folleto literario* en que reimprimió su discurso «de apertura» referente á la educación utilitária. Allí, en la discusión de los rumbos que conviene dar á la cultura general de la juventud, se ve cuán en serio tomaba Alas esta clase de cuestiones, es decir, cuán profundamente fué *maestro* toda su vida, y aun se ve más en la admirable oración necrológica de uno de sus discípulos, con que comienza el discurso. Ciertamente, las ideas hoy dominantes en el mundo pedagógico no son siempre las que Alas defendió en aquel escrito, sobradamente *clásico*, humanista, en cuanto al programa secundario; pero el acierto ó el error en las ideas, nada quitan ni ponen á lo que importa sobre todo que tengan los hombres: el interés vivo y amoroso por las ideas mismas.

Ese interés convirtió fácilmente á Leopoldo en paladín de la Extensión universitaria, es decir, de la difusión popular de la enseñanza superior, de la comunicación íntima entre la Universidad y el pueblo. Su participación en este movimiento educador es poco conocida y vale la pena recordarla. El desastre político de 1898 evitó en todos nosotros el deseo de hacer algo para salir de la terrible crisis que sufría el espíritu nacional, y sobre todo para poner remedio á los vicios que la habían traído. Aprovechando la circunstancia

de estar yo encargado el año aquel del discurso de apertura, propuse como uno de los medios con que podía contribuir el profesorado, el de la Extensión, que años antes había preconizado en general mi compañero Aniceto Sela. Leopoldo Alas leyó el discurso (casi nunca asistía á la apertura), y en el primer claustro que celebramos abogó ardientemente por que aquella proposición pasase á realidad sin pérdida de tiempo. Así fué. El día 11 de Octubre se constituyó la comisión encargada de formular las bases de ejecución y el programa; en los primeros de Noviembre presentó su proyecto al claustro general y el 24 se dió la primera conferencia. De este modo parteó Alas—como diría Costa—la nueva institución de cultura que aun vive y progresa. Pero no se limitó á esto. En aquel mismo curso, dió Leopoldo sus admirables y famosas lecciones sobre *Filosofía contemporánea*, que consagraron una de las últimas y más interesantes direcciones de su pensamiento y en que vertió lo más personal y jugoso de él.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO